**CELEBRACIÓN ECUMÉNICA DE LA MEMORIA**

Reflexión basada en el Evangelio de Juan 20: 11-18

Cuando me invitaron a tener una de las reflexiones bíblicas en esta celebración -algo que agradezco profundamente-, me sugirieron este texto del Evangelio de Juan, pero me dijeron que, si encontraba otro texto más adecuado para la fecha, lo podía cambiar libremente. Sin embargo, esa posibilidad estuvo muy lejos de ser necesaria, por el contrario, este pasaje de Juan ha sido una elección por demás acorde con el motivo que nos convoca. De manera que, al agradecimiento a las personas que organizaron este encuentro por haberme invitado a participar en él, le sumo el agradecimiento por haber escogido esta lectura bíblica.
El relato nos dice que después que Jesús fue crucificado, María Magdalena fue al sepulcro para prolongar de algún modo el contacto con el Maestro de Galilea, a quien ella había amado tanto y para mitigar, aunque más no fuera mínimamente, esa ausencia tan dolorosa. Pero al llegar allí, descubre que el cuerpo no está, entonces le pregunta a quienes ve en el sepulcro: ¿Dónde está? ¡Díganme que han hecho con él! ¿Dónde lo han puesto?

Lo expresado por María Magdalena en aquel momento fue la misma pregunta y la misma búsqueda que hoy en día resuena desde Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos, la que año a año sacude la conciencia nacional y mueve a la inmensa mayoría de la sociedad uruguaya. Así que ¡cómo no iba a ser atinado y necesario leer este pasaje del Evangelio en una jornada como la de hoy!
Pero dicha lectura no sólo es significativa por esa asociación tan directa entre la búsqueda de María Magdalena y la de Madres y Familiares, lo cual es un elemento más que le confiere al reclamo multitudinario de cada 20 de mayo un innegable sustento  evangélico, sino que también es significativa porque ubica la búsqueda y el reclamo por verdad y justicia en el horizonte de la resurrección de Jesús. Y es en ese horizonte que las primeras cristianas y cristianos, así como las cristianas y cristianos de todas las épocas, podemos afirmar con la fuerza de la fe que el que parece que no está, ¡está! Y si él está, y porque él está, seguimos convencidos de que nada puede apagar la luz de la presencia de los que hemos amado y de las víctimas de la historia, de las y los “crucificados” cuyas vidas fueron segadas por las oscuras fuerzas del terrorismo de Estado. Basados en esa convicción, al finalizar la Marcha y tras el pronunciamiento de cada nombre de los desaparecidos volveremos a gritar ¡PRESENTE!

En efecto, así como hoy resuena por todo el Uruguay la pregunta ¿Dónde están?, interrogante del que el Evangelio se hace eco en la búsqueda de María Magdalena, desde sus mismas páginas también se nos anuncia que el “Desaparecido” se convirtió en el Resucitado. Y en virtud de ello, los que no están, ¡están! Tanto están que, por más que lo que se escuche sea silencio, ellos siguen marcando la historia con el desafiante clamor por verdad y justicia.

Juan, inspirado por el Evangelio de Marcos, consideró que había que convertir esta búsqueda de María Magdalena en memoria para su comunidad y para todas las comunidades cristianas, por eso incluyó y desarrolló este relato en su Evangelio. De esa manera, sumó un nuevo aporte que contribuye al entendimiento de que cuando el recuerdo deja de ser un viaje a la nostalgia individual y ocasional y consigue anclarse en las luchas por la dignidad y los derechos, se vuelve, como decía el teólogo católico alemán Johann Baptist Metz, “memoria subversiva”, “recuerdo peligroso” para todo orden social que ignore la verdad y la justicia e intente edificarse sobre el dolor de las víctimas, sobre la vulneración de los derechos y sobre la impunidad.

Esa memoria testificante que pasa por las páginas de la Biblia y hace a su sustancia, así como hace a la sustancia de cada Marcha del Silencio, es peligrosa, entre otras, por dos razones que señalaré sintéticamente.

En primer lugar, porque la memoria testificante cumple una función epistemológica, vale decir, porque nos permite conocer y entender la realidad y la historia más profundamente que los datos objetivos, que son fundamentales, por cierto, pero no alcanzan. A esa mirada de la historia es necesario sumarle, por la vía de la memoria testificante, la hondura del drama de aquellas y aquellos que siguen con heridas abiertas, para, de esa forma, ser más conscientes de que esas heridas no son solo personales, ni de una porción de la población uruguaya, sino de toda la sociedad y que no son pasadas sino tan actuales que no dan espacio a la indiferencia. En tal sentido, esas heridas, merced a la memoria, se erigen en criterio crítico y en fuente de discernimiento para la comprensión de nuestro tiempo y del que pasó.

En segundo lugar, la memoria testificante es “recuerdo peligroso” porque ayuda a resistir. Resistimos desde la memoria cuando logramos convertir las ausencias en presencias, como acontece en cada Marcha del Silencio. Pero también resistimos cuando, desde el reclamo por verdad y justicia, se le sigue saliendo al cruce a los relatos negacionistas de la iniquidad de la dictadura, a la teoría de los dos demonios y a esas versiones de la historia que siguen sosteniendo que aquí no
hubo terrorismo de Estado, sino excesos.

Y resistimos cuando esta memoria impide que las cristianas y cristianos crean que se contribuye a la reconciliación desde esa ambigüedad o ambivalencia que, por ingenuidad, candidez o lisa y llanamente por posturas ideológicas, induce a pensar que lo mejor es poner a todo el mundo bajo el mismo rasero de las  responsabilidades históricas o intentar estar bien con todos, como lamentablemente sucede con algunos sectores de la iglesia y sus representantes.

En la memoria, pues, gana terreno la solidaridad con los que han desaparecido físicamente, gana terreno la solidaridad con los que están y no cesan de buscar respuestas y gana terreno la solidaridad con los que vendrán, porque la memoria nos desafía a seguir proclamando: ¡Nunca más! ¡Nunca más terrorismo de Estado!
Porque la memoria por verdad y justicia es solidaridad que atraviesa el pasado, el presente y el futuro es que se vuelve tan cierto lo que dice la canción del padre Julián Zini: ¡Qué linda la gente que tiene memoria, seguro que tiene esperanza también!

La memoria y la esperanza nos trajeron hasta aquí, del mismo modo que nos ayudarán a seguir adelante sin bajar los brazos, confiadas y confiados en que, porque Jesús triunfó sobre la muerte, la vida, la justicia y la verdad amanecerán con el amanecer de nuevos días.

**Raúl Sosa**